78

ADMINISTRACION

LIRICO-DRAMATICA

A CAZA DE PRETENDIENTE

Pasillo cómico en un acto y dos cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

FELIPE CASTAÑÓN

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1895

A CAZA DE PRETENDIENTE

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/cazadepretendiente

Á CAZA DE PRETENDIENTE

pasillo cómico en un acto y dos cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

FELIPE CASTAÑÓN

Estrenado con éxito en el TEATRO MARTIN, la noche del 7 de Marzo de 1895.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1895

PERSONAJES		ACTORES
LOLA	Srta.	Molina (M.).
SERAPIA	Sra.	Serafina.
LEONOR	Srta.	Molina (S.)
EDUARDO	Sr.	Puch.
EL POCO PELO	»	Herrera.
LORENZO	»	Codorniú.
RUPERTO	»	Manzano.
CIPRIANO	»	Paredes.

La escena en Madrid, época actual.

Las indicaciones derecha é izquierda, las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de sala: puertas al fondo y derecha; á derecha é izquierda de la primera, dos consolas y espejos figurados.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, SERAPIA leyendo para sí el periódico; después LEONOR

LEONOR. (Saliendo.) ¿Cuándo voy á estrenar el vestido nuevo, mamá?
SERAPIA. Puede ser que hoy; y con un motivo que no te figuras.
LEONOR. ¿Cuál?
SERAPIA. Antes tenemos que aclarar un asunto.
LEONOR. Tú dirás.
SERAPIA. ¿Recuerdas de Eduardo?
LEONOR. Sí.
SERAPIA. ¿Y te acuerdas mucho de él?
LEONOR. Algunas veces.
SERAPIA. ¿Y... te parece bien?
LEONOR. El qué, ¿el acordarme?

608939

SERAPIA. No: su figura.

LEONOR. ¡Le he visto tan poco!

SERAPIA. Más que yo.

LEONOR. ¡Claro! ¿Tú no le has visto nunca?

SERAPIA. Ni quiero.

LEONOR. Tus razones tendrás.

SERAPIA. Puede que mi preocupación hacia Eduardo sea infundada; pero no opino de la misma manera que tu padre.

LEONOR. ¿No te parece...?

SERAPIA. No me parece que te hiciera feliz. Sin embargo, si tú le quieres y estás dispuesta á darle tu mano...

LEONOR. Muy decidida no estoy; pero... por obedecer á papá...

SERAPIA. Los hombres preparan casi siempre casamientos que no tienen cuenta. Los... hombres no entienden de eso, como no entienden de muchísimas cosas; las mujeres ya es diferente; y todo por culpa de ese viaje.

LEONOR. ¿Cuál?

SERAPIA. El que hiciste últimamente á Vitigudino. Si yo te hubiera acompañado, ¡cómo hubiera sucedido comprometer ligeramente tu mano!

LEONOR. ¡Ay, mamá, cómo te pones!... ¡Pues no parece sino que no tiene arreglo!

SERAPIA. Y todo, ¿por qué? Porque ese diablo de Eduardo es hijo de un amigote de tu padre.

LEONOR. Yo no tengo empeño...

SERAPIA. ¿No tienes empeño?

LEONOR. Si tú no quieres...

SERAPIA. ¿Eso quiere decir que le darás calabazas?

LEONOR. Si tú lo deseas...

SERAPIA. Pues sí, se las das, y le dices á tu *famoso* papaito que su Eduardo no responde á tu corazón, y que antes que ser desgraciada...

LEONOR. ¿No dirá que no tengo formalidad?

SERAPIA. ¡Qué ha de decir! Y si lo dice, es igual; yo no hago maldito el caso de lo que tu padre dice. Además, yo te defenderé.

LEONOR. Yo no quiero más que tu gusto...

SERAPIA. Mira: tu madre desea para tí, no un estúpido como el candidato de tu padre, que, por sus cartas, sus costumbres y por todos los detalles que me has dado, es un mico en toda la extensión de la palabra. Yo deseo para tí un buen partido, y lo encontraré: deja que venga tu padre.

LEONOR. No tengáis un disgusto por mí.

ESCENA II

DICHAS y RUPERTO

RUPERTO. ¡Serapia!

SERAPIA. ¡Aquí está!

RUPERTO. (Saliendo.) Te preparo una sorpresa.

SERAPIA. Y yo otra.

RUPERTO. Eduardo viene á Madrid.

SERAPIA. Como si se marchara.

RUPERTO. ¿Qué dices?

SERAPIA. Que lo encomiendes á Dios.

RUPERTO. Pero, mujer, si no se ha muerto.

SERAPIA. Para tu hija, sí.

RUPERTO. (Indicando á Leonor.) Ya lo resucitará ésta.

SERAPIA. No digas tonterías.

RUPERTO. ¿Tonterías un matrimonio en estos tiempos?

SERAPIA. Según tus propósitos, sí.

RUPERTO. ¿Entonces he sido un tonto al casarme contigo?

SERAPIA. La tonta fuí yo.

LEONOR. No regañéis.

SERAPIA. No, si no es regañar; es decirle á tu padre unas verdades.

RUPERTO. Pero, vamos, explícame en qué fundas tu oposición.

SERAPIA. Los informes que tengo.

RUPERTO. Es hijo de un buen amigo.

SERAPIA. Pues precisamente por ser hijo de un amigo tuyo; porque hay un refrán que dice: *Dime con quién andas te diré quién eres.* Tú eres un imbécil; luego tu amigo y su hijo... saca la consecuencia.

RUPERTO. Es que...

SERAPIA. ¡Vaya, que no quiero!

RUPERTO. ¡Pero si no se ha de casar contigo!

SERAPIA. No importa: tiene que ser á mi gusto.

RUPERTO. Muchas gracias. ¿Quieres tener el monopolio de los yernos?

SERAPIA. ¿Y si yo te digo, hombre terco, que á ésta no le llena lo suficiente...?

RUPERTO. ¿Qué...?

LEONOR. No acaba de gustarme.

RUPERTO. ¿Y por qué no me lo dijiste?

SERAPIA. Y, además, que yo tengo la probabilidad de encontrar un prometido más aceptable.

RUPERTO. ¿Por qué medio?

SERAPIA. Lee esie anuncio. (Dándole un periódico.)

RUPERTO. (Leyendo.) «Joven extranjero, en buena posición y de excelentes cualidades, desea casarse con una joven de buenas prendas físicas y morales. Humilladero, ochenta, tercero.»

SERAPIA. ¿Qué te parece?

RUPERTO. ¡Una barbaridad! Así no se encuentran verdaderos acomodos.

SERAPIA. Pues acudiendo á un anuncio así, encontraron las de Aguilucho unos maridos á pedir de boca.

RUPERTO. Una casualidad.

SERAPIA. ¿Sí, eh? ¿Y la Loreto Mosquilla?

RUPERTO. También. ¿Pero á que no puedes citarme otra que se saliera con su plan?

SERAPIA. ¿Y la Matilde *Becerro*, no se salió también con el *suyo?*...

RUPERTO. Sí. ¿Pero no se te ocurre que el anuncio esté puesto por algún guasón?

LEONOR. Bien puede ser.

SERAPIA. Nada se pierde con ir á verlo.

RUPERTO. Vaya, pues vamos á salir de la duda: os acompaño.

SERAPIA. Sí, pero subiré yo sola; y si veis que yo tardo una media hora en salir, entráis á buscarme.

RUPERTO. Bueno, tú lo arreglarás. Nada, mi mujer es la que maneja la batuta.

SERAPIA. ¡Calla, que vas á tener por yerno un personaje!

RUPERTO. ¿Sí? Pues voy á ponerme la levita.

LEONOR. ¿Y yo, me visto?

SERAPIA. Sí, el traje nuevo.

RUPERTO. ¡Ea, vamos á atacar al extranjero! (Vanse Ruperto por el foro, y Serapia y Leonor por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Sala elegantemente amueblada; en el centro un velador, y sobre él una botella de Jerez y una bandeja con bizcochos. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA

CIPRIANO, con un plumero de limpieza.

¿Qué sabe el amo los bizcochos que quedan, ni los que se han comido los ratones? ¿Qué sabe las botellas que tiene empezadas? Aún tardará en volver; y á mí, después de hacer la limpieza, me entra un mareo... voy á tomar una píldora. (Se acerca al velador, y se sienta.) Desde aquí oigo mejor la campanilla; y en cuanto suene, recojo los trebejos, y san se acabó. (Se sirve vino.) Tres ó cuatro veces al día echa el amo sus tragos, y yo lo hago cuando él anda por ahí, y á solas, por no parecerme á él, que es señor y yo soy criado; por lo tanto, debo ser modesto por... temperamento. Mientras corre por esas casas en busca de comisiones, yo me estoy aquí tanquilo y hago... mis comisiones. (Come bizcochos.)

Las muchachas me encandilan, porque sus miradas van derechas al corazón, (Bebe.) y ésta también ha ido derecha al corazón. Luego dicen que la vida es amarga. Hay que saber cómo y cuándo lo dicen. (Campanilla: recoge todo precipitadamente, y va á la puerta.) ¡Ahí está! (Se detiene.) Pero si ve las migas... (Campanilla.) No tengo tiempo de recogerlas (Gritando.) ¡Allá va! ¡Vaya si la vida es amarga! (Vase.)

ESCENA II

LORENZO y CIPRIANO

LORENZO. ¡Cuánto has tardado en abrir! ¿Has hecho la limpieza?
CIPRIANO. Sí, señorito.
LORENZO. ¿Ha venido alguien?
CIPRIANO. No, señorito.
LORENZO. ¿Cartas?
CIPRIANO. Sí, señorito.
LORENZO. (Aparte.) (Me va cargando éste con su *sí* y *no.)* (Alto.) ¿Quieres que te dé un puntapié?
CIPRIANO. No, señorito. (Retrocede.)
LORENZO. Más vale así. ¡Vete!
CIPRIANO. (Aparte.) (Me tranquilizo, no las vió.)
LORENZO. ¡Ah! oye, Cipriano.
CIPRIANO. (Aparte.) (¡Me he caído, las vió!)
LORENZO. Si viene algún visitante como los de ayer, déjale pasar. Tengo curiosidad por saber qué buscan: y por si se trata de una broma, voy á reirme á mi vez.
CIPRIANO. Está bien. (Vase.)

ESCENA III

LORENZO

¡Cosa más extraña! Esta es la casa de los enigmas. Hace tres días que la habito, y durante ellos se me

han presentado una colección de *tipos*, con unas pretensiones... que no entiendo ni he querido oir, pero que me tienen preocupado. Es el caso que, hablando de un anuncio, empiezan un bloqueo de preguntas por este estilo:—¿Qué edad tiene usted? ¿Viene usted de China ó del Congo? ¿Es usted de buena pasta?—Al principio les atiendo, en la creencia de que el anuncio á que se refieren es el que yo he publicado, ofreciéndome como comisionista. Pero en cuanto empieza ese interrogatorio, pierdo la calma y los echo á la calle sin oir más. Pensando en ello, he caído en la cuenta de que el anterior vecino debía de ser un hombre muy original ó un gran guasón. Sea lo que fuere, quiero salir de dudas: si viene alguno con semejantes peticiones, voy á dejar que se explique, le seguiré la corriente y me divertiré á su costa.

ESCENA IV

LORENZO y LOLA

LOLA. (Entra hasta la concha.) ¿Se puede?
LORENZO. Bueno...
LOLA. ¿Es aquí el señor negociante?
LORENZO. Comisionista dirá usted, prenda.
LOLA. ¿De... abrigo?
LORENZO. Pues claro, porque con usted se abrasa cualquiera.
LOLA. ¿Se va usted á quedar conmigo?
LORENZO. ¿Si usted quiere...?
LOLA. ¿Y por qué...?
LORENZO. Pues...
LOLA. ¿No ha sido ya, digo? Pero, en fin, yo vengo á mi *ojebto*, y no tengo ganas de chirigota, ¿está usté?
LORENZO. Estoy.
LOLA. *Man* dicho que es usted un anunciador.
LORENZO. Puede...
LOLA. ¿Es usted la *preporción?*

LORENZO. (Aparte.) (Visita jeroglífico.)
LOLA. ¿Qué dice usted, hombre?
LORENZO. ¿Yo? Que dónde está la *pastora*.
LOLA. *Pus*... en Belén, donde usted, ¿no me ha entendido?
LORENZO. Sí; pero no soy la proporción. Sin embargo, puedo proporcionarla á usted algo...
LOLA. ¡Vamos! Yo creí que no era más que llegar, y ¡zas!
LORENZO. En fin, ¿qué le han dicho de mí?
LOLA. Que se trae usted cosas nuevas.
LORENZO. Sin duda; todo cuanto tengo está nuevo.
LOLA. Y que usted, según la moda de *extrangis*...
LORENZO. (Con sorpresa.) ¡La moda de *extrangis!*
LOLA. ¿*Pus* cómo dicen lo que pasa en el *extrangis* de *afuera?*
LORENZO. ¡Ah, sí, en el extranjero.
LOLA. Eso: ¿usted se *ha anunciáo pa arreglarse* con una?
LORENZO. ¡Yo...! (Aparte.) (Esta se la endoso al amigo Eduardo, que se muere por las letras de *buena forma.)* Bien: pues como le dije, yo no soy la proporción; yo ya estoy arreglado. (Hace señas de no estar roto.) Pero la recomendaré uno.
LOLA. Los hombres están ustedes *rematáos*, y... no hay quién les entre... (Con coquetería.) Y como yo soy...
LORENZO. Una morena de las que caen pocas...
LOLA. ¿Cómo caer?
LORENZO. De las que caen pocas en libra...
LOLA. Es justicia. Pues sí: y dije, vamos á verlo, con eso *na* se pierde; y si es cosa que merece la pena, porque al fin se lo merece una, y puede entrar en tratos una...
LORENZO. O dos... pues usted no ha venido á humo de pajás.
LOLA. No, señor; ni á lo... *uno* ni á lo... *otro*.
LORENZO. Es un decir.
LOLA. Es que le advierto á usted que, aunque *haiga venio* á ofrecer mi mano, no me *tié* que tomar por otra, porque soy tan *dina* como la que más.
LORENZO. Serénese usted.
LOLA. Si no he *perdio* eso... la *sereniá*.
LORENZO. No se sofoque.

LOLA. ¡Pero, hombre, si no estoy *sifocá!*

LORENZO. Quise decirla que, por mi conducto, encontrará lo que desea.

LOLA. Pues vaya usted soltando por... esa boca.

LORENZO. ¿Un joven que se interese por un tipo?

LOLA. (Se tercia el mantón.) ¡Usted sí que es tipo!

LORENZO. No me ha comprendido. Que vea en usted la personilla de su gusto una mujer de gracia natural.

LOLA. ¡Chabó, y que lo digas; que en mí *to* es natural!

LORENZO. ¡Olé! (El que pierde la serenidad soy yo.)

LOLA. Fíjese. (Compases de baile flamenco.)

LORENZO. ¡Bravo, bravo! ¿Y cómo es su gracia?

LOLA. ¿*Cuálas* de ellas?

LORENZO. ¿Pero tiene usted más de una?

LOLA. Hombre... canto, bailo, bebo, me llevo á los hombres de calle, á las mujeres les lleva la envidia, alterno, toco y hasta... *coso* cuando llega el caso.

LORENZO. Pues es usted un estuche.

LOLA. Sí; pero, hijo, ya no se puede guardar *na* en él.

LORENZO. No, si yo no quería guardar nada.

LOLA. ¡Por si acaso! Hay que vivir muy prevenida, y á mí los desengaños *man* abierto el ojo.

LORENZO. (Aparte.) (A ver si me entiende.) ¿Cómo se llama usted?

LOLA. ¿Yo? *Pus* no es usted primo que se diga; después de saber mis gracias, cualquiera *adevina*... Lola.

LORENZO. Pues ¡bravo por las Lolas bonitas!

LOLA. Con este *paso* consigo dos *jugás*, *pa* que usted se entere.

LORENZO. ¿Con qué paso?

LOLA. Pues con el de haber venido al *prometimiento*. Primero, ver si me sale algo que me convenga; y segundo, dar en los ojos á *Poco-pelo*.

LORENZO. Pues si no me da usted más *pelos* y señales...

LOLA. No sé cómo decirlo; yo, ya tengo uno.

LORENZO. Entonces, ¿por qué busca otro?

LOLA. Es que el que tengo, de todo me habla menos de casaca...

LORENZO. Claro; le hablará á usted de chaqueta, ó de lo que gaste.

LOLA. No sea usted lila... de casamiento. Y cuando sepa que he venido aquí, que ya se lo teme, se alarmará, tocará á fuego con la grande, (Señala el corazón.) y puede que en el arrebato entre en la parroquia.

LORENZO. Lo peor es si trae compromiso para mí, que no entro en nada.

LOLA. Ninguno: usted tiene disculpa, porque no está obligado á saber las vidas ajenas... Con que... ¿quiere usted que vuelva?

LORENZO. Sí, vuelva usted.

LOLA. Como yo me saque mi idea, también á usted le daré algo.

LORENZO. ¡Já... já! No siento lo que usted me dé (Acción de pegar.) sino las consecuencias.

LOLA. ¡Adiós! ¡Ay qué hombres, y cómo la traen á una! (Mutis por el fondo.)

ESCENA V

LORENZO y CIPRIANO

LORENZO. La cosa promete. Me voy informando. ¡Cipriano!

CIPRIANO. (Aparte.) (¡Guapa morena!)

LORENZO. Si no fuera porque tiene su chulapo, sería cosa de seguir la moda de *extrangis* como ella dice.

CIPRIANO. ¿Llamaba usted?

LORENZO. ¿Llevaste la tarjeta al señorito Eduardo?

CIPRIANO. Esta mañana.

LORENZO. Oye: si vuelve esa que acaba de salir, la introduces inmediatamente.

CIPRIANO. No, que la voy á dejar en la puerta. (Aparte.) (¡Qué cosas tiene el amo!) (Vase.)

ESCENA VI

LORENZO y EL POCO PELO

P.–PELO. ¿Es usted el patrón... vamos, el dueño de este establecimiento?

LORENZO. Servidor. ¿Qué se le ofrece?

P.–PELO. Yo soy Fulgencio Terrones, por mal nombre, Pocopelo.

LORENZO. ¿Y qué desea?

P.–PELO. A lo que vengo, vengo, ¿se entera usted?

LORENZO. Si no dice más...

P.–PELO. Déjeme usted que *riflecsione.* (Pausa larga: se lleva la mano á la cabeza y se rasca; se mete las manos en los bolsillos, da una patada fuerte en el suelo, y dice:) ¿Ha *estáo* aquí *esa?*

LORENZO. (Aparte.) (Este es el de la *casaca.)* ¿Esa?... ¿Y quién es esa?

P.–PELO. *Pus,* una mujer; tiene gracia: ¡preguntarme á mí quién es esa! Digo, ¿si la conoceré yo, que vengo tratándola más de nueve meses?

LORENZO. Sí; pero yo no la he visto nunca.

P.–PELO. Ni hace falta.

LORENZO. ¿Entonces, á mí qué me cuenta?

P.–PELO. Porque le tié cuenta, y mayormente porque quiero.

LORENZO. Esas no son razones.

P.–PELO. Hombre... no sea usted *deputáo* de oposición, que nunca se dan por *convencios.*

LORENZO. Hago lo que me da la gana; ¡pues no faltaba más!

P.–PELO. Poco á poco

LORENZO. ¡Mucho á mucho! (Aparte.) (A ver si le acobardo.)

P.–PELO. (Con tranquilidad.) *Pus* yo tengo muchas pupilas, ¿entiende usted?

LORENZO. ¿Tiene usted casa de huéspedes?

P.–PELO. ¡No, hombre, no! Que diquelo mucho.

LORENZO. Como no se explique...

P.–PELO. Vamos; quiero decir que veo una barbaridad: como si *dijieramos,* que tengo un *teleauscopio* en ca ojo.

LORENZO. Ya.

P.–PELO. *Pus* bien; volviendo sobre la *chica*, diré á usted que es una morena que *tié* en la calle de Toledo un puesto de *castañas*.

LORENZO. A otra parte con la *castaña*.

P.–PELO. *Usté* aquí me está faltando.

LORENZO. Y usted aquí sobrando.

P.–PELO. Escuche por buenas.

LORENZO. No quiero perder el tiempo hablando de una mujer que no conozco, y que será...

P.–PELO. ¡La primer *Lola!* Y el que la falte, *tié* que reconocerla en sus *cercustancias*. ¿Se entera usted?

LORENZO. De sobra.

P.–PELO. Es que quiero que se *desniegue*.

LORENZO. (Aparte.) (¡Qué palabrotas!)

P.–PELO. Usted se *tié* que *retratar*.

LORENZO. ¿Pero es usted fotógrafo?

P.–PELO. ¿Qué dice? ¡Retrátese, ó si no... le hago á usted un bajo relieve que ni los del Arco de Triunfo de París de Francia!...

LORENZO. ¡Salga usted, ó llamo la pareja!

P.–PELO. (Riéndose.) ¿La pareja? ¡Já... já! Como si no llamara usté á *naide*.

LORENZO. Vamos á verlo. (Va hacia el foro.) ¡Cipriano!...

P.–PELO. (Lo coge de la solapa y lo trae al centro de la escena.) ¿Sabe usted con quién *tié* el *honor* de tratar?

LORENZO. ¡Ni quiero saberlo!

P.–PELO. Pues está hablando con una eminencia, por más que me esté mal el decirlo; y no porque yo esté delante, pero soy *to* un desbravador.

LORENZO. Bueno, pues entiéndase usted con los...

P.–PELO. ¿Usted sabe lo que soy yo domando potros?

LORENZO. Ni lo sé ni me hace falta.

P.–PELO. (Aparte.) (¡A que lo domo; vaya si lo domo!)

LORENZO. ¡Suélteme, caracoles, que me voy incomodando!

P.–PELO. Hace usted lo que le digo, ó le doy un golpe.

LORENZO. ¿Pero qué es lo que dice?

P.–PELO. Que se *retrate* de los insultos.

LORENZO. *¡Dale!...* ¡no tengo ganas de sofocarme!

P.–PELO. (Con sorna.) ¡Qué lástima no se le suba á usted el pavo!

LORENZO. (Con viveza.) A mí no se me sube nada.

P.–PELO. Si la mujer que nos ocupa ¿usted se entera?... le viene á usted con alguna *embajá,* no le permite la entrada.

LORENZO. Bueno, hemos terminado.

P.–PELO. Aún no. Y si entra, la sujeta usted.

LORENZO. ¿Yo?... sujétela usted, que hace tiempo que la conoce.

P.–PELO. Una de dos: ó no me pasa del *vestíbulo,* ó me la sujeta usted hasta que yo venga. (Señala la cabeza.) *Pus* se me ha *metío* á mí aquí que ella ha de venir por este comercio de *amonestaciones ú* lo que sea.

LORENZO. Veremos lo que se hace.

P.–PELO. ¡No hay veremos! La palabra es palabra, ó...

LORENZO. ¿O qué?

P.–PELO. (Abre una navaja muy grande.) O le juro por esta cruz... (Lorenzo corre, y cogiéndole Poco-pelo de la oreja, le trae al centro.) ¡Alto ahí... ó hago con usted un sacrificio! He dicho.

LORENZO. No hay necesidad. Estoy conforme; pero...

P.–PELO. ¿Qué?

LORENZO. Guarde usted el *corta–plumas.*

P.–PELO. (Guardando la navaja.) Como le decía, me ha *ofendío;* ¿usted se entera?

LORENZO. No tuve ese propósito.

P.–PELO. Quiero una *satisfación.*

LORENZO. No he pensado en faltarle; pero... en fin (Le da un puro.), tome usted.

P.–PELO. (Le enciende, hace un gesto y escupe.) *¡Camará,* qué *satisfación* más amarga! Diga usted, ¿esta caoba, es de la *Tabalaquera?*

LORENZO. Precisamente; con que ya ve como no he querido ofenderle.

P.–PELO. No faltaba más; á un hombre de principios naturales...

LORENZO. Naturalmente.

P.–PELO. Me voy. Quedamos en que mi Lola no ha de introdu–

cirse por los huecos de las puertas de los umbrales del edificio de esta casa.

LORENZO. Vaya usted tranquilo.

P.–PELO. (Llega á la puerta y vuelve.) Lo dicho. (Mutis por el foro.)

ESCENA VII

LORENZO y CIPRIANO

LORENZO. ¡Qué hombre! Este debe tener participación con alguna funeraria. Nada; me conviene romper con la Lola, porque si no, este tío me rompe algo.

CIPRIANO. (Entrando.) ¿Llamaba usted?

LORENZO. ¡A buena hora! ¿Por qué no viniste antes?

CIPRIANO. ¿Cuándo? (Aparte.) (Cualquiera entraba.)

LORENZO. Cuando estaba conmigo ese hombre del pueblo.

CIPRIANO. (Aparte.) (Pues más bien parecía del otro barrio.)

LORENZO. ¿No oiste que te llamaba?

CIPRIANO. No, señor. (Campanilla.)

LORENZO. Ve á abrir.

CIPRIANO. Voy.

LORENZO. Espera, si es ese que acaba de salir, que no estoy. (Vase Cipriano.) Me dedicaré un rato á mis asuntos. (Vase primera derecha.)

ESCENA VIII

EDUARDO

Pues, señor; regresé ayer de Vitigudino y me encontré con una tarjeta de mi amigo Lorenzo invitándome á comer para que conozca de paso su nueva casa, y héme aquí. Si mi llegada la supiera cierto papá que ya me cree su yerno, debía de haber ido á verle, aunque no fuera más que por curiosidad de conocer á la que me quieren destinar como suegra. Por supuesto, que yo, no me hallo, dispuesto á aceptarla. ¡No faltaba más! ¡Yo! que soy la segunda edición del Tenorio... y

si no la prueba. (Saca una carta.) «Eduardito, ingratito, de quien es mi corazoncito, chatito.» Cuidado, que llamarme *ella* chato. (Se toca las narices.) «Bonito, ¿por que no vienes una tardecita á hacerme una visitita? Por tí estoy loquita, Dios no permita que sufras lo que tu Rita.» ¡Pobrecita! Esta es una guarnecedora de zapatitos con muchos mimitos.

ESCENA IX

EDUARDO y SERAPIA

CIPRIANO. (Desde el fondo.) Pase usted señora.

EDUARDO. ¡Señora!... (Se inclina.)

SERAPIA. ¡Caballero!... (Aparte.) (Este debe ser.) (A Eduardo.) Me parece que es usted la persona que busco. (Los dos se inclinan poco á poco hasta sentarse en los dos sillones de al lado del velador. Pausa.)

EDUARDO. (Aparte.) (Quién será esta visita con reuma.) (A Serapia.) ¿Viene por algún negocio de los que ofrece esta casa?

SERAPIA. Sí, señor; vengo por su partido.

EDUARDO. Vamos, usted habla en sentido político, ¿metafóricamente?... con que...

SERAPIA. Como es natural, busco un buen partido.

EDUARDO. (Aparte.) (Me parece que no se merece más que alguna partida... serrana.) (A Serapia.) Pues... la fusión...

SERAPIA. Es el que responde mejor á mis intenciones.

EDUARDO. Por más que hay otro que tal vez se avenga mejor á las condiciones de usted.

SERAPIA. ¿Cual?

EDUARDO. El partido *tradicional*.

SERAPIA. No quiero viejos, todo se vuelven rutinas, manías y alifafes.

EDUARDO. ¿Supongo que usted no tendrá la energía que exige el *republicano?*

SERAPIA. Es de mucho *movimiento* y no puedo agitarme.

EDUARDO. Pues... *moderado*.

SERAPIA. Hace un siglo que desapareció. ¿Quién es *moderado* en el mundo?

EDUARDO. Entonces, *¿progresista?*

SERAPIA. ¿Progresista á secas?... ¡Es muy antiguo!

EDUARDO. (Aparte.) (Pues digo, la joven.)

SERAPIA. Le quiero que sea algo conservador, quiero más que sea insaciable.

EDUARDO. (Aparte.) (Digo, la moza.) Según eso, el que le conviene es el partido *conservador*.

SERAPIA. Váyase usted con Cánovas y Villaverde.

EDUARDO. Que se vayan ellas.

SERAPIA. Prescindiendo de la política, lo que yo deseo es un compañero.

EDUARDO. Usted me ha tomado por otro.

SERAPIA. ¡Cómo! ¿Usted no ha dado á luz... un anuncio?

EDUARDO. (Con sorpresa.) ¡Yo!... ¡Qué he de dar señora!

SERAPIA. Usted dispense, y yo que le hablaba... pero ya no tiene remedio. Esperaré á que venga el interesado.

EDUARDO. Si siente haberme confiado...

SERAPIA. Nada de eso, y para probarlo, le repetiré que busco un prometido.

EDUARDO. ¡Usted!... No sé cómo decirla...

SERAPIA. Diga usted.

EDUARDO. Me parece que es algo tarde para hallar lo que desea.

SERAPIA. ¿No comprende que no es para mí?

EDUARDO. Como lo iba á comprender.

SERAPIA. Es para quien lo merece y puede pedir mucho.

EDUARDO. (Aparte.) (Por mí, que pida, nada la he de dar.)

SERAPIA. Vengo por ella.

EDUARDO. ¡Será por él!

SERAPIA. Sí, eso, pero para ella.

EDUARDO. ¿Y es?

SERAPIA. Joven.

EDUARDO. ¡Ah! (Se acerca.)

SERAPIA. Bonita.

EDUARDO. ¡Hola!

SERAPIA. Inocente.

EDUARDO. ¡Caramba! (Aparte.) (Una cualidad que ya no se usa.)
SERAPIA. Y tímida.
EDUARDO. Le aconsejo á usted que no la deje sola.
SERAPIA. Es lo que se llama una excepción, ¿comprende usted?
EDUARDO. Sí, vamos, que está fuera de la regla. ¿Tiene novio?
SERAPIA. No, es decir; sí, tiene uno, que es un memo como usted comprende...
EDUARDO. Como él, si le es á usted lo mismo.
SERAPIA. No había acabado. Como usted comprenderá no se la merece.
EDUARDO. Siendo así...
SERAPIA. Es un chico trivial, de costumbres *non santas*, calavera.
EDUARDO. Sí, un ente.
SERAPIA. Un sietemesino, fantoche, que presume de aristócrata.
EDUARDO. El tipo que más me carga.
SERAPIA. Y además, estúpido.
EDUARDO. ¿Es usted modista?
SERAPIA. No, ¿por qué?
EDUARDO. Por el corte esmerado de los trajes.
SERAPIA. Y aún... me quedo corta. Yo me opongo á ese enlace como buena madre.
EDUARDO. Luego es...
SERAPIA. (Con orgullo.) ¡Mi hija, caballero! Y yo no puedo aprobar su unión con semejante mamarracho.
EDUARDO. ¡Já, já! No puedo contener la risa.
SERAPIA. No entiendo.
EDUARDO. Voy á serle franco. Yo también tengo una futura.
SERAPIA. ¿Con qué tiene novia? (Aparte.) (Discurso perdido.)
EDUARDO. Quieren que la tenga. ¡Cosas de familia!
SERAPIA. Malo. (Aparte.) (Bueno.)
EDUARDO. Sí, porque la chica no me gusta.
SERAPIA. ¿Es fea?
EDUARDO. Para mi gusto lo es. Tiene todo el tipo de una provinciana sosa, cursi, ordinaria...
SERAPIA. Verdaderamente no es para gustar.
EDUARDO. No sabe ser expresiva, es abrutada; vamos, tiene la *corteza*.

SERAPIA. ¡Já, já! Amigo, usted también es sastre de cámara. (Aparte) (Me desquité.)

EDUARDO. Por otra parte, su padre también me disgusta, es un *alcornoque*.

SERAPIA. Entonces, no le extrañe á usted lo de la *corteza* de la *nena*. Le aconsejo que no acepte.

EDUARDO. De ninguna manera. ¿Como quiere usted que yo entronque con una familia tan *vasta*?

SERAPIA. Es claro.

EDUARDO. (Levantándose.) Yo frecuento los primeros círculos, tengo abono en varios teatros.

SERAPIA. (Aparte.) (Me conviene si pudiera casarle.)

EDUARDO. Y además, voy á presentar mi candidatura para diputado por... Villa-zopeque.

SERAPIA. (Aparte.) (Digo, éste es el que me conviene, y no el que ha buscado mi marido.)

ESCENA X

DICHOS; LORENZO, saliendo por la primera derecha.

LORENZO. Señora, dispense usted que la haya hecho esperar, mis ocupaciones... (A Eduardo.) Querido Eduardo. ¡Dichosos los ojos que te ven!

SERAPIA. (A Lorenzo.) No hay de qué. Yo venía á adquirir algunos informes sobre lo que usted anuncia.

LORENZO. (Aparte.) (Vamos, ya viene una por mi verdadero anuncio.) (A Serapia.) Hablemos si usted gusta en mi despacho.

SERAPIA. Con sumo gusto. (Aparte.) (Dejaré á un lado el anuncio y veré á ver si me ayuda en la caza de éste.)

LORENZO. (Dando una palmada en la espalda á Eduardo.) Este es de casa. Luego hablaremos.

EDUARDO. Sí, no tengo nada que hacer.

SERAPIA. (Se inclina.) Hasta luego, joven simpático. (Eduardo se inclina.)

LORENZO. Pase usted, señora.

SERAPIA. (Al entrar.) ¡Ay, cuántas gestiones y cuántas actividades cuestan las hijas! (Vanse por la primera derecha.)

ESCENA XI

EDUARDO

¡Bien! ¡Si tengo yo una oratoria y una manera de presentarme!... El caso es que está satisfechísima, y es fácil que piense en mí para su hija; ¡y no parece que estén en mala posición!... Decididamente perdono el almuerzo, y cuando salga la acompaño, y sigo el ataque. En tanto, esperemos. (Se va á sentar y entra Lola.)

ESCENA XII

DICHO y LOLA

EDUARDO. ¡Uy! Vaya un terroncito de azúcar.

LOLA. Me parece que hay moros en la costa.

EDUARDO. Eso de *moro,* ¿no lo dirá usted por mí?

LOLA. Ni siquiera á usted le diría *mono.*

EDUARDO. ¿Con que mono?

LOLA. Monísimo; pero ¿dónde está el otro?

EDUARDO. ¿El otro mono?

LOLA. No, hombre, el *encargáo.*

EDUARDO ¡Ah! Pues está conferenciando con una señora.

LOLA. (Con sorna.) Ya, ya... entiendo.

EDUARDO. Creo qne no tardará, yo también le estoy esperando.

LOLA. *Pus apañá* soy yo *pa* que me esperen ni *pa* esperar.

EDUARDO. Pero, hay veces...

LOLA. Me gusta llegar á tiempo y ¡zás! desembuchar lo que lleve.

EDUARDO. ¿Si la sirvo...?

LOLA. ¿*Pa* qué?

EDUARDO. Para ayudarla á desembuchar.

LOLA. No; tengo yo uno que es la *flor* y *nata.*

EDUARDO. ¿De qué?

LOLA. Del universo universal del mundo entero. Pero ahora que *arreparo...*

EDUARDO. (Aparte.) (¡Arrea!)

LOLA. Usted es un *gomo*.

EDUARDO. (Aparte.) (Estas son las que me chiflan.) Pues si vieras cómo me pego. (Intenta abrazarla.)

LOLA. (Empujándole.) No me ponga usted un dedo encima... porque le voy á poner en la cara estos cinco mandamientos, que le van á *paicer to* el *caticismo* menos las obras de misericordia.

EDUARDO. ¡Uy, qué labios de rosa! (Queriendo besarla.)

LOLA. (Empujándole.) ¡Quite usted! Si no *sa* hecho la miel... Ya sabe usted la continuación.

EDUARDO. (Se arrodilla.) Pero como yo la quiero á usted como un *burro*.

LOLA. Hombre, parece que le van á usted á fusilar.

EDUARDO. (Levantándose.) A tí si que te... mataba yo, por cruel.

LOLA. (Aparte.) (¿Si será la *preporción?* Le trastearé.) ¿Se casaría usted conmigo?

EDUARDO. ¡Mil veces!

LOLA. ¿Entraría usted?

EDUARDO. ¿Dónde?

LOLA. En la Vicaría.

EDUARDO. ¡Quién lo duda! (Aparte.) (¡Si se lo creyera!)

LOLA. (Reflexionando.) (Poco-pelo entra por todas las puertas menos por las de la Vicaría.) ¡Me hace usted gracia!

EDUARDO. ¡Benditos sean tus ojos, tus pies, tu gracia y tu...!

LOLA. ¡Soo!... pare ya...

ESCENA XIII

DICHOS; SERAPIA y LORENZO

SERAPIA. (A Lorenzo.) Me parece que aceptará.

LORENZO. Puede. (A Lola.) ¿Otra vez?

LOLA. Pasaba por ahí...

LORENZO. ¿Pasabas?... No ha sido malo el rato que yo he pasado por tu culpa.

LOLA. ¿Si, eh?

LORENZO. Pasa á ese gabinete, que ya pasaré yo.

LOLA. (Aparte.) (¿Qué irá á pasar?) (Mutis segunda derecha.)

ESCENA XIV

DICHOS menos LOLA

LORENZO. (A Serapia.) Se me resiste tratar con cierta clase de gente; pero no puedo evitarlo.
SERAPIA. (Sonriendo.) Todos traemos algún negocio.
EDUARDO. Todos.
SERAPIA. (A Lorenzo.) Hágame usted el favor de hablarle del mío.
LORENZO. Al momento; oiga usted. (A Eduardo.) Se te presenta una proporción. Está señora acaba de decirme que tiene una hija.
EDUARDO. Tengo noticia.
LORENZO. Joven, bonita, modesta; en fin, la mar...
SERAPIA. Y que no *rabia* por casarse como otras.
LORENZO. Así vienen las cosas, rodadas; y cuando menos se piensa...
EDUARDO. (Aparte.) (Salta una suegra.)
SERAPIA. Y luego, que usted es un joven discreto y distinguido.
EDUARDO. ¡Gracias! (Aparte.) (Jabón de los Príncipes del Congo.)
LORENZO. Ustedes se pondrán de acuerdo.
SERAPIA. Si el señor no tiene ningún impedimento...
EDUARDO. (Con malicia.) ¿Yo? Ninguno.

ESCENA XV

DICHOS; LEONOR y RUPERTO

LEONOR. (Entrando.) ¡Mamá!
SERAPIA. (A Eduardo.) Ahí está.
EDUARDO. (Aparte.) (¡Leonor! ¡Don Ruperto!)
LEONOR. } (Aparte.) (¡Eduardo!)
RUP. }
EDUARDO. (Aparte.) (¡Cielos! ¡Era la mamá!)
SERAPIA. (Presentándoles.) Mi esposo y mi hija.
EDUARDO. (Sin saber lo que hace y cogiéndole de la mano.) ¡Mi amigo Lorenzo!
LORENZO. ¡Servidor de ustedes!
SERAPIA. (A Leonor y Ruperto.) Parecéis alelados.

RUPERTO. La sorpresa de ver á Eduardo.
SERAPIA. ¿Qué Eduardo?
EDUARDO. (Aparte.) (¡Me caí!)
LEONOR. El prometido de papá.
RUPERTO. No, el tuyo, hija, el tuyo.
SERAPIA. ¿El de Vitigudino?
EDUARDO. (Aparte.) (¡Atiza!)
LORENZO. ¿Ustedes le conocían?
SERAPIA. (Con intención.) Yo, hasta ahora no.
RUPERTO. Quiere á Leonor.
SERAPIA. No se conoce mucho.
LEONOR. ¿Por qué, mamá?
SERAPIA. Porque te ha insultado.
EDUARDO. ¿Yo?
RUP. } (Dudosos.) Vamos...
LOR. }
SERAPIA. La ha llamado sosa, cursi, paleta.
RUPERTO. ¡Puede!
LORENZO. ¡Chist, calma!
LEONOR. (A Eduardo.) ¡Falso!
EDUARDO. Permítanme ustedes.
SERAPIA. De mi esposo, ¿no dijo usted que era un *melón?*
RUPERTO. (Tocándose la cabeza.) ¡Hombre, hombre!
SERAPIA. De tí, hija de mi alma, dijo también...
LEONOR. ¿Qué?
SERAPIA. (Recordando.) ¿Cómo dijo...? ¡Ah...! Que tenías la *cáscara.*
RUPERTO. (Furioso.) ¡Semejante insulto!...
LORENZO. Hagan el favor de no alborotar en mi casa.
RUPERTO. ¡Decir que mi hija tiene la *cáscara!...* ¡Como si fuera una bellota!
EDUARDO. No hice más que defenderme. La señora, (Por Serapia.) me llamó memo, necio, sietemesino, y... qué sé yo...
RUPERTO. ¡Serapia...!
SERAPIA. Déjame: tú eres un hombre débil.
LOLA. (Desde la puerta, aparte.) (¡Qué belén!) (A Lorenzo.) ¿Pero viene usted ó no?
LORENZO. Me había olvidado de tí.

ESCENA XVI

DICHOS y EL POCO PELO; LOLA, se esconde.

P.–PELO. ¿Dónde está esa *arrastrá?*

SERAPIA. (Aparte.) (¿Quién será este hombre?)

LEONOR. ¡Mamá, qué miedo!

EDUARDO. No tengan ustedes cuidado.

LORENZO. (Aparte.) (Ya está aquí el domador. ¡Vaya un jaleo!)

EDUARDO. (Aparte.) (¡Atiza! Ahora que recuerdo, éste debe ser el *Flor y nata.)*

P.–PELO. Aquí está mi pareja: ó me la entregan, ó convierto esto en una *Micrópolis*.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y LOLA

LOLA. ¿Qué estás diciendo?

P.–PELO. ¡Chitón! Aquí nadie mete la pata estando yo.

LOLA. Si tú no haces nunca *na*.

P.–PELO. *Paece* que no me conoces. (Intención de pegarla.)

SERAPIA, LEONOR. ¡Ay!

LORENZO. Escuche usted, señor... Poco–pelo.

P.–PELO. No oigo explicatorias. (A Lola.) Ya *ta* arreglaré si venías por el silbante.

EDUARDO. ¿A quién llama silbante?

P.–PELO. Toma, á usted, que *paece* un *petillo*.

EDUARDO. Venga usted.

P.–PELO. (Saca la navaja.) ¿Cuántos *déos* de carne de Albacete *quié usté?*

LOLA. (Le da una bofetada á Poco-pelo.) ¡Quieto! (Se cruza de brazos.) *¡Sacabó!*

P.–PELO. (A Lola.) ¿A qué has *venio* tú?

LOLA. (Saca un periódico.) Porque *ma chocáo* este anuncio, y quise *gromearte*.

P.–PELO. (Saca otro.) *Miá* que eres *gili*, si te crees que yo no sé de letra... ¿Qué dice aquí?

LORENZO. ¿Qué dice ese anuncio?

P.–PELO. Una cosa *mu* graciosa. (Lee.) «Joven extranjero, en buena posición y de excelentes cualidades, desea casarse con una joven de buenas prendas físicas y morales. Humilladero, ochenta, tercero.»

SERAPIA
LOLA.
LEONOR. } ¿Qué contesta usted?

LORENZO. Pues que ni yo he puesto ese anuncio, ni he venido del extranjero, ni he ofrecido mi mano.

SERAPIA. ¿Quién es usted?

LORENZO. Un comisionista que vive en esta casa hace tres días. El periódico es de fecha atrasada, y el autor, ó estaría guillado, ó querría dar un bromazo.

LOLA. *Pus* haberlo dicho.

LORENZO. Es que quería deshacer el error y saber á qué venían.

EDUARDO. ¿Con que ustedes buscaban una proporción?

RUPERTO. No, señor: le vimos entrar, y nos dió curiosidad por saber lo que le traía á la casa del anuncio.

EDUARDO. ¡Já, já! (A Serapia.) Yo sospeché de usted.

SERAPIA. ¿De mí?

EDUARDO. Por ciertos detalles, me figuré que usted era la mamá de la hermosísima Leonor...

SERAPIA. Fué broma.

LOLA. (A Poco-pelo.) ¿Ves cómo el señorito no está por mí?

RUPERTO. Como que se va á casar con mi hija.

P.–PELO. (Guarda la navaja.) Entonces... me la guardo.

LORENZO. Me alegro que la casualidad les haya reunido aquí, y que salgan contentos. Sólo falta arrancar un...

P.–PELO. ¿Por dónde se va usted á arrancar, estando ésta aquí? (Por Lola.)

LOLA. (Al público.) Público, si te ofendí,
sólo te pido un favor:
dos aplausos para mí
y otros dos para el autor. (Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía,* calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano,* Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría,* Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.